

MISA DE LA NATIVIDAD DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

(25 de diciembre 2024)

MISA DEL DÍA

Lecturas bíblicas

a.- Is. 52, 7-10: Ya reina tu Dios.

Este pasaje es un himno de salvación a favor de Jerusalén. El Señor redime a Sión, lo que es percibido por todas las naciones (Is.52,10-12). Es necesario el abandono de la idolatría, para quien quiera caminar en la presencia de Yahvé. “Una voz” (v.8), alude al mensajero de albricias que anuncian el reinado de Dios. La redención de Jerusalén es manifiesta a todas las naciones, contemplan la intervención liberadora de Dios, por ello las gentes subirán a Sión para adorar a Yahvé (Is.66,12-23). Esta liberación del pueblo de Dios es para que las naciones reconozcan el poder del santo brazo de Yahvé, lo que habla de su señorío en la historia. Jesús de Nazaret, inaugura el reinado de Dios entre los hombres, por eso podemos afirmar que el rey del universo ya está entre nosotros.

b.- Hb. 1, 1-6: Dios nos ha hablado por su Hijo.

El autor sagrado, nos revela una gran noticia: Dios ha hablado por su Hijo. Dios Padre, fuente de la economía salvífica se manifestó primero por la voz profética, ahora plenamente por su Hijo, al unir el antiguo y nuevo testamento. Este Hijo es la palabra definitiva de Dios para el hombre, preparada a lo largo de los siglos por los profetas. Palabra que no es información, sino una Persona, que se comunica con el hombre, porque comparte su condición humana, se hace solidario, desde el momento que asume esta nuestra naturaleza. Ha venido en estos últimos tiempos el Hijo, como heredero de todo. Pero existía antes del tiempo, por quien, causa de la creación y resplandor de la gloria,

impronta de la esencia del Padre, es decir, igual a Dios (Col.1,15-17). Conserva, por medio de su palabra poderosa todo cuanto existe, como su autor (v.3; Jn.1,3.10). Jesús de Nazaret, revela al Padre con su palabra y sus obras, purifica a los hombres, y luego de su obra redentora sube a los cielos y se sienta a la diestra del Padre. El Niño Jesús, es superior a los ángeles, como Hijo, es Señor, desde su resurrección. El Hijo consustancial al Padre, Amado, el Predilecto es Jesús, nacido en Belén de Judá.

c.- Jn. 1, 1-18: La Palabra se hizo carne, y acampó entre nosotros.

El evangelio nos presenta el prólogo de S. Juan. Los temas que encontramos son: la Palabra y la obra de Dios hecha por ella (vv.1-5), Jesús Palabra y su encarnación (vv.6-14), y finalmente, Jesús Palabra y la Nueva Alianza (vv.15-18). El prólogo de S. Juan es una larga meditación acerca del misterio de la Encarnación, porque el Verbo, es revelación de Jesucristo, Dios y Hombre verdadero. Juan, nos ayuda a comprender quién es Jesús y quienes somos nosotros en este misterio. Si el corazón del prólogo está en la encarnación del Verbo: *“Y la Palabra se hizo carne”* (v.14), el autor se remonta al misterio de la S. Trinidad, para volver al misterio del hombre ahora iluminado por la luz de Navidad. Juan nos habla que: *“En el principio existía la Palabra”* (v.1). Se trata de la preexistencia real y personal, existencia realizada en plena comunión con el Padre (vv.1-5). La Palabra existe desde siempre de cara al Padre; su actitud es de escucha y obediencia. Jesucristo, Palabra encarnada, hace visible al hombre, al Padre invisible. La vida del mundo y de los hombres, la historia se la deben a la Palabra, porque además es la luz de los hombres (v.4). Afirmaciones teológicas que a Juan le hacen comprender que, de la plenitud de Jesucristo, todos hemos recibido gracia tras gracia (v.16), de su condición filial podemos recibirlo todo.

En un segundo momento, Juan contempla la venida histórica de Cristo como luz que brilló en las tinieblas. Hubo un testigo que la anunció y su misión fue hablar de esta luz, Juan Bautista, recibió el testimonio del Padre cuando bautizó al Hijo en el Jordán y, del Espíritu Santo cuando descendió sobre Jesús. El Bautista, como lámpara conduce a los hombres a la luz que es Cristo (cfr. Jn.1, 6. 8. 32.34). Pero la humanidad, los hombres, y los suyos, Israel la rechazaron, sin embargo, hubo un

resto de ese Israel, que la recibió, para convertirse en hijos de Dios, naciendo así una nueva relación con el Padre, no establecida por la sangre, ni deseo de hombre, sino del querer de Dios (vv.9-13). El evangelista llega al centro del prólogo con la solemne afirmación que la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros, mora en y entre los hombres, de manera permanente, hay testigos que contemplaron su gloria (v.14). La parte final, se refiere a Jesús, Palabra y Nueva alianza. Juan Bautista da un nuevo testimonio de la Palabra, de Jesús, Nueva alianza, muy superior a Moisés, iniciada con la Encarnación del Verbo (v.15). Esta Palabra, llena de gracia y verdad, ha llegado a todos; gracia sobre gracia, por medio de Jesucristo (v.16). Estas gracias son la Ley de Moisés y la de Cristo, pero esta es muy superior a la antigua, porque esa nueva Ley, es el propio Jesucristo, Palabra del Padre. Esta plenitud invita a todos los que creen en Jesús, a participar en la filiación de Cristo Jesús, haciéndose hijos de Dios en ÉL. Desde ahora toda la vida del cristiano está orientada a vivir esa filiación con docilidad, como hace Jesús, vivir por y para el Padre (cfr. Jn.1,17). Finalmente, Juan nos explica por qué Jesús, es el cumplimiento de la Ley de Moisés: “A Dios nadie lo ha visto jamás; el Hijo Unigénito que está en el seno del Padre, él lo ha contado” (v.18). Si Moisés no pudo ver el rostro de Dios, cuando se lo pidió; Jesucristo si lo pudo contemplar y nos lo ha contado (v.18; cfr. Ex. 33, 18-23). La invisibilidad de Dios, sólo la contempló su Hijo, pero porque viene de Dios, puede revelar al Padre. Toda la predicación de Jesús, a su vez, lo revela a ÉL, como Hijo de Dios, todo orientado hacia el seno del Padre. Este seno del Padre no es otra cosa que el amor y la intimidad entre ambos en el Espíritu Santo; toda la existencia de Jesús es vida filial hecha de escucha y obediencia al Padre. Relación de amor del Hijo con el Padre y del Padre por su Hijo a la ingresamos nosotros porque ÉL, ingresa en nuestra realidad hecho niño en Belén.

S. Juan de la Cruz, destaca el admirable trueque: en Dios, un Niño el llorar y en el hombre la alegría, cosa que tan ajena ser solía. *“Y la Madre estaba en pasmo/ de que tal trueque veía/ el llanto del hombre en Dios, / y en el hombre la alegría, / lo cual de no y del otro tan ajeno ser solía”* Romance acerca del Nacimiento (R. 9, 305-310).

Con todos los Santos del Carmelo y los Carmelitas que caminamos hacia el Reino de Dios les deseamos, felices fiestas de Navidad.

P. Julio González C.

Pastoral de Espiritualidad Carmelitana.

Página Web de la Parroquia Virgen del Carmen: www.carmelitasviña.cl.